

Oficios de Celestina

La verdadera tragedia humana consiste en la imposibilidad de ser Dios, o por lo menos de ser el Diablo. A los hombres nos han sido vedados los plenos poderes.

En la literatura no se repite el milagro del génesis. Al literato sólo le es dable re-crear la caída, la tentación y la expulsión del paraíso. Sólo Dios ha sido un escritor original y de gran fuerza en las palabras: creaba las cosas al momento de invocarlas. Creo un reino, aquí en la tierra como en el cielo, reproduciendo su poder que debe ser custodiado por los varones y en el que se decreta como primer mandamiento su adoración absoluta. Del cielo derrumba a Lucifer y en la tierra crea, de la costilla más flotante de Adán, a Eva: ambos son los primeros derrotados, ambos son los primeros transgresores.

Entre el demonio y la mujer, siempre ha habido pactos. Pactos que subvierten el Orden Establecido. Morder la manzana significó roer los pilares que sostenían el Universo según Dios; renunciar a comportarse según los designios divinos y proponer por la fuerza del albedrío, la reescritura del paraíso desde una perspectiva humana declarando a los cuerpos inocentes, limpiándolos del pecado original y entregándolos al goce de un nuevo paraíso en donde a nadie se someta.

En la transgresión está la verdadera trascendencia. Por ello, la escritura es siempre femenina: trama, intriga y



tienta. Ante la incapacidad de ser Dios, los escritores navegan entre el albedrío y la discordia; entre el ejercicio de la libertad y la fatalidad: Oficio de Celestina: "Su función es preservar en el mundo la sabiduría diabólica femenina, previo pacto diabólico, como opositora al plan machista y dominador del hombre". La Celestina, en palabras de Fuentes es "una autoridad infalible en las cuestiones del amor, consoladora de afligidos, centro de un portentoso tráfico de maquinaciones morbosas, tenebrosa y a la vez doméstica, maga, sibila secreta, protectora celosa de las verdades que los hombres persiguen y prohíben. Es la que hace entrar la carne en la carne, el pensamiento en el pensamiento, la fantasía en la razón, lo ajeno en lo propio, lo prohibido en lo consagrado, lo olvidado en lo providencial, el sueño en la vigilia, el pasado en lo presente".

La fe y la ciencia se profesan; la imaginación, profana. Eva inauguró la ima-

*Fernando García Núñez, *Fabulación de la fe*, Universidad Veracruzana, México, 1990.

ginación y alcanzó su culminación con la Celestina. La función de la imaginación era, desde el principio, diabólica: intrigar el dogma. La literatura es la primera en apropiarse de ella: dota a las palabras de belleza y elabora la trama como anzuelo: tienta al lector y lo seduce. Y de paso lo afilia al grupo de los herejes. La teología aporta al mundo la primera literatura fantástica. (La Crucifixión puede ser la Crucifixión).

Y así, imaginando, se llega a fabular la fe. Fernando García Nuñez nos convoca a que juntos confabulemos, en un juego de lecturas múltiples y de análisis interminables, una veta antes inexplorada en la obra de Carlos Fuentes: rastrear el misterio de la divinidad, a partir de las reflexiones de Sigerio de Brabante y otros herejes. García Nuñez estudia con atención la evolución de estos conceptos en Fuentes y los encuentra presentes en siete de sus obras: *Aura*, *Cumpleaños*, *Una familia lejana*, *Terra Nostra*, *La cabeza de la hidra*, *Agua quemada* y *Gringo Viejo*.

El hilo conductor que va a la entraña fabuladora del dogma, se inicia en *Aura* con un pacto demoníaco y a través de la brujería. Pese a lo rudimentario en sus alianzas y en su temática (la recuperación de la juventud), la novela de Fuentes sale adelante por la voz imperiosa y creativa, como la de Dios, del narrador, pero sobretodo por sus pretensiones y logros en la "simultaniedad entre el enunciado de la narración y el ser mismo de la realidad ficticia".

Cumpleaños es una novela de hallazgos: Dios y Demonio comparten una sola esencia intercambiable, habitan al hombre y lo eligen como territorio de sus pugnas, como arma con la que se atacan y como escudo con el cual se protegen, donde el hombre vive "en un mundo eterno donde hay intercambio infinito

de personalidades y uno tiene la posibilidad de ser distinta y sucesivamente todos; y todos, la de ser de la misma manera uno".

En *Una familia lejana* la imaginación intrigadora del dogma da otro paso: Todo individuo, y por tanto, toda obra narrativa, están inconclusos "pues tiene siempre a su alrededor otro que lo complementa y otros de los cuales él mismo es continuación. Por consiguiente el individuo no es una sola, sino muchas personas".

La culminación de estas ideas religiosas fabulatorias se encuentra en *Terra Nostra* en donde la superposición, la transposición y sobre todo la presciencia divina, es decir, la facultad adivinatoria que posee Dios "de saber desde siempre lo que va a suceder o lo que alguien va a hacer, como si ya hubiera sucedido o como si ya lo hubiera hecho". Al arribar Fuentes a la *Terra Nostra* comprende de súbito que "Una vida no basta. Se necesitan múltiples existencias para integrar una personalidad. Toda identidad se nutre de otras". Y esta identidad está dispersa en otras culturas y en otros tiempos, incluso en los futuros. El hombre está habitado y a su vez habita a otros. Su alma es memoriosa y quien la encarna recordará que "desde siempre una persona está fundida a nuestra vida como el mar en el mar".

La herejía cristiana en que se apoya Fuentes y la sabia dirección de García Nuñez nos permiten considerar seriamente que una re-escritura del paraíso es posible. Todo es posible con la imaginación, y entre más diabólica sea mucho mejor. Ezra Pound falló. La verdadera recreación del paraíso la habrá de realizar, por derecho propio y porque es oficio de tinieblas, una mujer. Fuentes lo imagina así: se destruirá el poder de Dios y aparecerán nuevas y diversas lec-

turas del mundo, aparecerá el andrógino y éste habitará, según lo desentraña García Núñez, "lo verdaderamente paradisiaco que es la unidad amorosa y desjerarquizada de los amantes en uno solo: El andrógino. En este paraíso hay tres elementos importantes: Dios, el Demonio y el pecado, cuya ausencia implicará la libertad en el placer al aniquilarse el sentimiento de culpa y de sujeción..."

En las tres obras restantes este hilo conductor se trunca, o más bien, desentrañado, el enigma deja de tener sentido. García Núñez lo continúa tenazmente pero con menor fortuna. El acierto ya ha sido consumado. Demuestra su tesis y aún más, permite un espacio libre para la reflexión del lector y propicia a otra lectura y a otra fabulación. Lo que deja de decir es el germen de la imaginación. El lector tendrá que realizar sus propios

pactos para obtener el don interpretativo que minará todavía más los poderes del dogma.

Imagino que Fernando García Núñez observa a Fuentes desconcertado, como a un tipo extraño, que no hace locuras sino reflexiones e imaginaciones y que a veces delira y se cree Dios. Yo lo miro como a un hombre desesperado que corre entre un páramo de espejos: ¿huye de sí mismo?, no me lo parece, más bien va a su propio encuentro. El ser es torre de babel, mixturas irreconciliables: todos los hombres, es decir, único. Fuentes es un personaje de una novela que está escribiendo Dios. Y él, como nosotros, tendrá el fin que ya Netzahualcóyotl ha descubierto: somos una figurilla más en el libro de estampas que, adormilado, Dios relee y que en un descuido vierte la tinta sobre esas páginas y nos inunda de sombras para siempre.

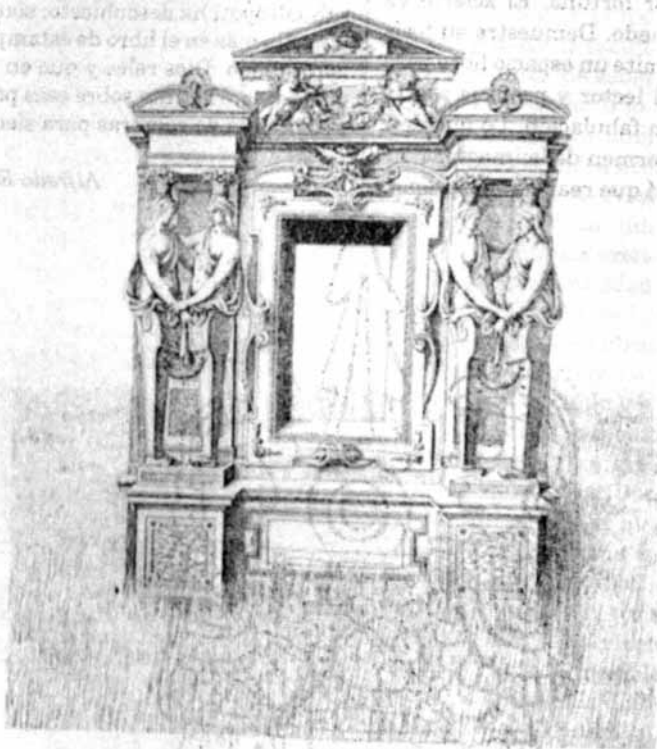
Alfredo Espinosa



Francisco Castañeda Iturbide

ILUSTRES DESCONOCIDOS

CINCO RELATOS VELADOS



Biblioteca
Universidad Veracruzana